



Misa de inscripción en el Libro de los Catecúmenos

San Vicente del Raspeig, 21 de marzo de 2021

En el Evangelio que acabamos de escuchar (Jn 12, 20-33) nos encontramos con dos elocuentes manifestaciones de aquello que está en la base de la Historia de la Salvación, y que se encuentran recogidas en el inicio del Catecismo de la Iglesia Católica (núms. 27 y 50). El deseo y la búsqueda por parte del ser humano de encontrarse con Dios, y Dios que se hace encontrar y ver de tantas maneras, especialmente en Jesús. Ahí están aquellos que le piden a Felipe: “Señor, queremos ver a Jesús”. Y están las palabras de Jesús, su respuesta misteriosa a esa petición, entre las que dirá: “Y cuando yo sea elevado sobre la tierra, atraeré a todos hacia mí”.

En estos tiempos concretos que nos ha tocado vivir, una evidente realidad es la búsqueda de respuestas ante el drama tan grande que envuelve y afecta a la Humanidad, a causa de la pandemia y de sus múltiples consecuencias. Después de más de un año de esta dramática situación, siguen siendo todavía más las preguntas que las respuestas; y el final del túnel no acaba de vislumbrarse. En circunstancias así tiene un valor especial revivir en nosotros el deseo de Dios, sentido de nuestras vidas y esperanza cierta; así como contemplar el misterio de amor que es la pasión y la cruz de Jesús, que sigue atrayendo al ser humano.

En estas circunstancias, el Evangelio sale a nuestro encuentro y pone en nuestros labios las mencionadas palabras de aquellos griegos: “queremos ver a Jesús”. Es la petición que debemos hacer en esta Eucaristía y en los ya próximos días de la Semana de Pasión y la Semana Santa, también los dos catecúmenos que vais a ser inscritos en el Libro del Catecumenado de la Diócesis. Y, también, en el Evangelio que hemos proclamado, Jesús nos repite: “El que ama su vida, la perderá; y el que odia su vida en este mundo, la guardará para la vida eterna”. Y para hacer más claro su pensamiento pone el ejemplo del grano de trigo: sino muere queda solo, pero si muere da mucho fruto. Es una metáfora que resume toda la vida de Jesús. Su amor vence toda soledad, aunque el amor no existe sin dolor, sin sacrificio, sin abandono.

En este tiempo cuaresmal en el que el Evangelio no ha dejado de hablarnos, es el tiempo oportuno, es la hora en la que no debe prevalecer el amor por nosotros mismos. Todos sabemos por experiencia propia que el amor por uno mismo, contrariamente a lo que se cree generalmente, no siempre es el mejor consejero de nuestra vida. Jesús exhorta a los que le escuchan a seguirlo: “Si alguno me sirve, que

me siga, y donde yo esté, allí estará también mi servidor”. Seguir a Jesús quiere decir obedecer al Evangelio, dejarse guiar por la palabra de Dios.

Jesús será el primero en dar ejemplo. Así nos ha recordado el autor de la Carta a los Hebreos, en la segunda lectura: “Aun siendo Hijo, por los padecimientos aprendió la obediencia”. Dentro de pocos días ya, en el Huerto de los Olivos, veremos cómo preso de la angustia dirá al Padre: “No se haga mi voluntad sino la tuya”. Esta obediencia –continúa la Carta a los Hebreos- hizo que, “llegado a la perfección, se convirtió en causa de Salvación eterna para todos los que le obedecen”.

Hermanos, el camino cuaresmal está llegando a su fin. Desde el comienzo ha resonado la invitación a convertir la propia vida, a volver al Señor de todo corazón, a ponerse de nuevo a la escucha, a seguir su Palabra y hacerla vida nuestra.

Que estos próximos días, además de escuchar y seguir su voz, veamos a Jesús, en su cruz, en su amor; lo veamos como semilla que se siembra en la tierra de nuestro dolor y germina en apretada espiga, esperanza de vida y resurrección. Que mirándolo en la Cruz y celebrándolo en su Resurrección, descubramos el sentido de morir desde el amor, para como Él dar vida y curar con sus heridas.

Que en los próximos días nos preparemos a celebrar una Semana Santa, que en medio de la oscuridad y el dolor de la pandemia, nos conceda encontrar refugio en sus llagas y sentido a las cruces de nuestra vida. Que mirando el amor de su entrega nos de fuerza para abandonarnos confiadamente en las manos del Padre.

No dejemos de rezar hoy, día del Seminario, por aquellos que se están preparando para mostrar a Jesús con sus palabras y con sus vidas. Ayudemos materialmente, apoyemos a nuestro Seminario en Orihuela y Alicante, hogar que necesita seguir creciendo en futuros pastores que nos muestren a Jesús. Así sea.

✠ Jesús Murgui Soriano.
Obispo de Orihuela-Alicante.